



www.loqueleo.com

© 2008, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 461 1460

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-300-1

Derechos de autor: 029186

Depósito legal: 004050

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2016

Décima quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial..

Muestra
promocional

Hola, Andrés, soy María otra vez...

María Fernanda Heredia



loqueleo



*Para todos los tímidos del mundo
(en especial para Andrés).*

*Para mis abuelos,
Fausto e Isabel,
con quienes viví los mejores
párrafos de mi niñez.*

*Para Juanita
y Michelle.*



Mi agradecimiento a

Elena Ramírez,

Ana Lucía Escobar,

Margarita Laso,

Patricia Ubillús,

Lucía Velásquez,

Paulina Rodríguez

y Lucía Pazmiño.

Amigas generosas

que han aceptado

escuchar mis

historias,

incluso las que

no se cuentan

con palabras.

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Capítulo inicial	13
La casa del terror	17
El diario	27
Una soledad amarilla	35
Las aventuras de Tom vs. las de María	45
La página en blanco	51
La sorpresa	59
Rostro arrebolado	67
La vida normal	127
Capítulo final	133
Biografía	139
Cuaderno de actividades	141



Aquella mañana desperté con el estómago inflado, como si me hubiera tragado un rinoceronte. El peso de los párpados impedía que mis ojos se abrieran por completo. El cabello erizado y la piel de gallina me daban un aspecto lamentable. Tiritaba.

El médico llegó dos horas después, me miró con lástima y le hizo algunas preguntas a mi madre. Me pidió que sacara la lengua y luego se puso a hurgar en mis párpados, como si debajo de ellos fuera a encontrar el boleto premiado de la lotería.

Al cabo de unos segundos dio su sentencia:
—Hepatitis.

Mi mamá abrió los ojos sorprendida. El médico sacó una jeringa, me pinchó en el bra-



zo y tomó una muestra de sangre mientras nos decía:

—Seguro es del tipo viral epidémico, hay un incremento evidente de la bilirrubina.

Él dijo «viral, epidémico y bilirrubina» con la misma normalidad que si hubiera dicho: «Pablito clavó un clavito». Hay gente a la que le encanta hablar difícil.

Antes de irse dijo otras cosas raras, sacó una libreta e hizo algunas anotaciones, que luego se las entregó a mi mamá.

Cerró su maletín, me miró con preocupación y dijo:

—No te tengo buenas noticias, María, la hepatitis te va a mantener alejada de tus amigos. No podrás ir al colegio al menos durante un mes.

Aquel día me di cuenta de que la hepatitis no era una enfermedad, cualquier cosa que me mantuviera alejada de esa «casa del terror» llamada *colegio* era una verdadera bendición.

La casa del terror



Durante meses había rezado para que mi colegio desapareciera. Soñaba con llegar un día y encontrar un enorme rótulo en la puerta que dijera:

17

CLAUSURADO

—¿Qué pasó, don Segundo? —le preguntaba en mis sueños al portero.

—Algo terrible, María, el señor ministro ha dado la orden de que este colegio se cierre para siempre. El edificio será demolido esta misma tarde.

—¿Eso quiere decir que ya no voy a regresar a clases nunca más?

—Nunca más, María, nunca más.

Entonces yo pensaba que el ministro de Educación era el hombre más justo y bueno del mundo. Imaginaba que todos los colegios del país cerrarían sus puertas para siempre, y que los niños y las niñas enviaríamos cartas al Vaticano para que el Papa considerara la posibilidad de elevar a la categoría de santo a nuestro querido ministro. Pero al despertar me daba cuenta de que la realidad seguía siendo distinta a la que yo soñaba, y ni al ministro ni al Papa se les había ocurrido clausurar el colegio Happy Days. ¡Qué falta de solidaridad de nuestras autoridades!

Mi mamá había elegido un colegio bilingüe porque ella quería que mi hermano Mario y yo domináramos el inglés... Ni ella ni papá entendían nada de ese idioma y cada vez que compraban un aparato nuevo, un juguete armable o una caja para preparar un pastel en casa, se veían en problemas porque no entendían las instrucciones que venían en inglés. Entonces comenzaban los gritos:

—María, ¿qué significa *cup*?

—Taza, mamá.

—¿Y *spoon*?

—Cuchara, mamá.

—¡Esta sí me la sé! Esta no me la traduzcas porque la conozco...

—¿Cuál te sabes, mamá?

—Aquí dice *flour*... eso es bueno para evitar la caries, ¿no?

—¡No, mamá, *flour* es harina, lo de los dientes se llama flúor!

—Ah... ¿Y qué significa *butter*?

—Calcetín, mamá.

—¿Calcetín?! ¿Estás segura?

Y, claro, yo no estaba diciendo la verdad, pero es que a veces me cansaba de traducir todo lo que mis padres no entendían.

—¡Qué raro! La gente en Estados Unidos sí que es extraña. Debe ser que, con tantos millones de habitantes, ya se les debe estar terminando la comida. ¡Aquí dice que debo añadir media taza de calcetines a la harina!

Mis padres querían que sus hijos fuéramos bilingües y que resolviéramos todos sus proble-

mas con traducción simultánea. Cuando veíamos una película en inglés sin subtítulos, mis papás pronunciaban doscientos «¿qué dijo?» por minuto. Pero lo peor era cuando Mario y yo éramos pequeños, y papá nos pedía que cantáramos frente a los invitados alguna canción que nos hacía morir de vergüenza:

20 —A ver, ¡canten el *tuínquel* para que los escuchan los tíos!

Mario y yo nos parábamos en la mitad de la sala y, con una mirada angustiada, suplicábamos a papá que no nos torturara de esa mane-



ra, pero él seguía insistiendo, movía sus manos para alentarnos y no nos quedaba más opción que entonar un vergonzoso:

—*Twinkle, twinkle, little star, how I wonder what you are.*

El pobre Mario era más tímido que yo, por lo que en el segundo *twinkle* comenzaba a llorar desconsolado, y así, en lugar de un espectáculo de música infantil, lo que ofrecíamos a los tíos y amigos de mis padres era un concierto lastimero de música «cortavenas».

Miss Mirta Jackson, la dueña y rectora del colegio, le había prometido a mamá que aprenderíamos inglés desde el primer día de colegio, y por eso ella nos había inscrito en el Happy Days llena de ilusión.

Miss Mirta Chacón prefería utilizar su apellido de casada: Jackson. Era la esposa de un viejito neoyorkino llamado Mr. Joe, que había llegado al país siendo joven para montar una academia de inglés. A Miss Mirta le encantaba contar su historia de amor con Mr. Joe. Ella decía que se conocieron en un bus que regresaba